

Joan Antón MELLÓN (ed.): *Islamismo yihadista. Radicalización y contraradicalización*, Madrid, Tirant Lo Blanch, 2015, 263 pp., ISBN: 9788490860588.

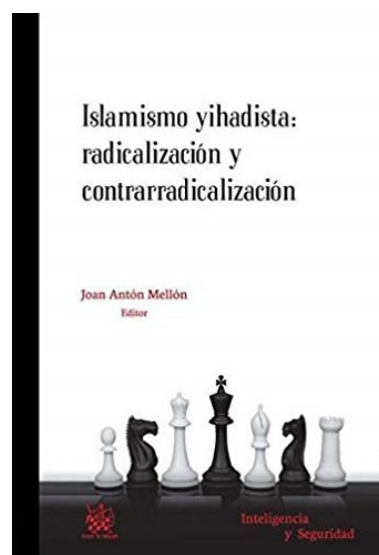
Alfredo Crespo Alcázar  
*Universidad Antonio de Nebrija*

### Diagnóstico del terrorismo islamista

Uno de los principales temas que copa la atención de la comunidad científica como objeto de estudio es el terrorismo yihadista. Los atentados del 11-S en Nueva York han resultado fundamentales a la hora de explicar esta orientación, de tal manera que el fenómeno en cuestión se analiza desde diferentes disciplinas académicas, consecuencia de su carácter complejo pero también de su capacidad para evolucionar y modificar sus diversas estrategias liberticidas, dotándolas de mayor eficacia. Por tanto, como advierte en el prólogo el Doctor Joan Antón Mellón «dejos amilanarse, la sociedad debe tomar conciencia del riesgo y la amenaza vital para su seguridad.» (p.13) Este carácter interdisciplinar que exige abordar el terrorismo yihadista lo hallamos en la obra coordinada por el Profesor Antón Mellón, en la que comparecen autores procedentes de la psicología, el derecho, la inteligencia o la historia. Desde sus respectivos campos de trabajo, diseccionan los diferentes componentes y manifestaciones del aquél. El resultado es un libro coherente, dividido en nueve capítulos que forman un todo ordenado, respetuoso con el método científico.

Si se hace una comparación entre los dos principales grupos terroristas del siglo XXI, Al Qaeda y Daesh, vemos como éste último ha empleado técnicas novedosas, por ejemplo las redes sociales y las nuevas tecnologías de la comunicación, para difundir su mensaje vinculado en la mayoría de las ocasiones a la comisión de atentados, reclutar nuevos miembros y, en definitiva, demostrar su poderío a la opinión pública global. No obstante, su fortaleza se ha visto socavada como consecuencia de los éxitos de las operaciones militares lideradas bien por la Coalición Internacional, bien por Rusia en su apoyo al régimen de Bashar Al-Assad debido a la importancia geoestratégica que para Moscú tiene Siria, su principal aliado en el Mediterráneo.

Sin embargo, a pesar de que el Daesh ha visto reducido su potencial (y también su capacidad de atracción) esto no significa necesariamente que como amenaza haya desaparecido por completo, entre otras razones porque quienes combatían en nombre del Califato bien se han reubicado en otros escenarios geográficos conflictivos (Cáucaso, Mindanao, Xinjiang...), bien han retornado radicalizados a sus países de origen con finalidades tan diversas como cometer atentados o reclutar a nuevos miembros a través de una labor de proselitismo que se ve facilitada por su actividad previa en terreno. En íntima relación con esta idea, la experiencia demuestra que el peligro yihadista debe cuantificarse no sólo por el número de atentados y de víctimas re-



sultantes de los mismos sino por también por los intangibles que genera en forma de debilitamiento moral “del enemigo”, cuestión en la que incide el Profesor Manuel Torres Soriano.

Asimismo, el terrorismo yihadista lleva asociados otros conceptos que deben ser estudiados. En este sentido, en los últimos tiempos ha cobrado protagonismo el de “radicalización”. Sin embargo, a la hora de explicarlo se ha incurrido en muchas ocasiones en el reduccionismo, priorizando en exclusiva los factores socio-políticos como generadores de la radicalización. Al respecto, el Doctor Luis de la Corte subraya lo siguiente: «considerando de forma conjunta los profundos problemas políticos, económicos y sociales que aquejan a la mayoría de los países islámicos, la multiplicidad de conflictos violentos que implican a naciones y colectivos musulmanes y las difíciles condiciones en las que viven ciertos sectores de sus diásporas repartidas por todo el planeta, y dada también la insistencia con que la propaganda yihadista señala y denuncia esas tres circunstancias, cabría preguntarse: ¿por qué la radicalización no constituye de hecho una tendencia mucho más extendida en el mundo musulmán?» (p. 57)

Asimismo tampoco puede establecerse un perfil único de quien lleva a cabo un proceso de radicalización. Hay pautas generales sobre las que sí hay consenso, por ejemplo a la hora de calificar ese proceso como gradual y señalar como inicio del mismo la familiarización tanto con el discurso (del odio) como con la imagen que del mundo promueve el yihadismo, presentando las muertes (asesinatos) de civiles (tanto occidentales como de países musulmanes) como instrumentos al servicio de la autoprotección y de una legítima venganza (p.117). En palabras del Doctor Torres Soriano «asociar la política de Estados Unidos a la agresión contra los estratos más indefensos de toda sociedad contribuye a reforzar la demonización del enemigo y a espolear los ánimos de aquellos que se sienten llamados a poner fin a tanta injusticia» (p. 113)

El disenso aparece en lo relativo a cuándo se produce el final de la radicalización puesto que ni todos los individuos la culminan, ni la velocidad ni la duración de las fases de ese proceso gradual son las mismas para quienes lo llevan a cabo. No obstante, puede establecerse un listado amplio de causas que provocan la radicalización y que en esta obra se detallan de manera precisa: desde el desarraigo de aquellos que llegan sin familia procedentes de países musulmanes a las sociedades abiertas europeas, hasta el rol desempeñado por lugares muy concretos, como prisiones o locutorios. Igualmente, unos lazos familiares sólidos o vivir en sociedades plurales reducirían pero no eliminarían las posibilidades de radicalización.

Cabe destacar la interesante comparación que establecen Torrens y Mellón entre fascismo e islamismo yihadista, señalando sus semejanzas y sus diferencias. Para ello comparan los textos de sus principales referentes doctrinales (Bin Laden, Sayyid Qutb, el Mulá Mohammad Omar y Aymán al Zawahiri por un lado, y por otro lado, Hitler, Mussolini, Primo de Rivera y Corneliu Zelea Codreanu). Todos ellos comparten que las sociedades en las que se desempeñan se hallan en plena decadencia, frente a la cual las ideas que ellos enarbolan «representan el renacimiento y la palingenesia de un pasado idealizado». Sin embargo «el islamismo yihadista global no puede clasificarse como un nacionalismo clásico, adscrito a un Estado nacional con un territorio limitado, pues se trata de un nacionalismo religioso relativo a todo el mundo, es decir, aspira a un Estado nacional de ámbito planetario, al Estado islámico mundial» (p. 153)

Además, ambas son ideologías imperialistas que defienden el sometimiento de los pueblos inferiores, contrarias a las libertades democráticas y emplean la “violencia redentora” para lograr la limpieza interna (p. 151). No obstante, «el imperialismo de ambas ideologías conllevar-

ía, en el supuesto de su coexistencia, y en última instancia, a una hipotética lucha entre ambos proyectos ideológicos y políticos, el islamista yihadista y el fascista clásico, pues aún disponiendo de similitudes y afinidades, dichos proyectos son incompatibles entre sí, en último término» (p. 176)

Por su parte, el salafismo yihadista propone una visión maniquea del mundo, desprovista de cualquier autocritica cabe apuntar, basada en una metanarrativa que orienta el odio hacia determinados actores (ya sean colectivos concretos de personas o de una forma más amplia, países) a los cuales previamente estigmatiza bajo la genérica acusación de conspirar contra el Islam y provocar su decadencia. El resultado es una dialéctica perversa que enfrenta a «infieles enemigos del Islam» vs «defensores de la yihad global» (p. 77). La primera categoría se caracteriza por su amplitud y hasta cierto punto también por su carácter heterogéneo pues incluye al denominado “enemigo lejano” (americanos, cristianos de los países occidentales, rusos...) y al “enemigo cercano”, esto es, los gobiernos de países musulmanes que bajo la óptica del salafismo se han desviado del Islam puro, convirtiéndose en apóstatas. En consecuencia, como subraya Xavier Torrens «la ideología política islamista tiene la concepción que sigue: el asesinato es percibido como si de solidaridad se tratara; arrasar poblados es visto como si fuera parejo a la construcción de la paz; preparar atentados terroristas es sentido como ser mejores musulmanes; reducir a polvo un edificio es vislumbrado como ser un aguerrido y buen musulmán; acribillar a tiros a sangre fría a civiles es considerado como estar imbuidos de un sentido religioso auténtico. El terrorista yihadista es visto como héroe y mártir, defensor de las víctimas frente a los agravios comparativos» (p. 80)

Frente a esta metanarrativa, la respuesta por parte de los poderes públicos en forma de contranarrativa debe contrarrestar los efectos nocivos de aquella. A pesar de los esfuerzos desplegados, en forma por ejemplo de abundancia de planes nacionales contra la radicalización, no puede decirse que los resultados sean completamente satisfactorios. En este sentido, en la obra encontramos un análisis pormenorizado de algunos de ellos (Noruega, Reino Unido, Holanda, Dinamarca, Estados Unidos o Canadá) señalando sus aspectos positivos pero también sus déficits. Cada Estado es responsable de la estrategia contra la radicalización que proponga, subraya Elisenda Carbonell, por lo que aquella vendrá determinada por la particular historia del país en relación con el terrorismo. Consecuentemente, en este punto surgen los problemas derivados de la ausencia de consenso sobre lo que debe entenderse por radicalización o incluso por violencia política, extremismo y terrorismo. Elisenda Carbonell pone un ejemplo que corrobora esta afirmación: si para Dinamarca el extremismo es una opción política, para Noruega es un medio para alcanzar un fin pero sin objetivos políticos.

En conclusión, nos encontramos ante una obra necesaria para entender en qué consiste el terrorismo yihadista y poder combatirlo con las herramientas que ofrecen los Estados de Derecho. La complejidad del objeto de estudio es evidente pero fraccionarlo en diferentes partes facilita la comprensión, además de ilustrar sobre los múltiples aspectos que lo integran. Los autores parten de la teoría para llegar al terreno de las posibles soluciones, sin presentarlas a modo de recetas balsámicas de inmediata eficacia, conscientes de que terrorismo yihadista, violencia política o radicalización forman parte del paisaje de nuestras democracias, exigiendo su expulsión tiempo y unidad. Esto debería implicar, a su vez, que la sociedad considere la seguridad un

bien al que otorgar las mismas credenciales de trascendencia y necesidad que confiere a otras políticas públicas, como las relativas a educación, sanidad o bienestar social.